

PENSAR Y NOMBRAR A DIOS EN PERSPECTIVA FEMINISTA

Trinidad León Martín

Sumario: En los últimos años la teología realizada por mujeres ha ido adquiriendo cada vez más peso en el panorama teológico. En este artículo se aborda la reflexión acerca de Dios a partir de la realidad femenina y desde la perspectiva de mujer. Y, más en concreto, se va a presentar tres teólogas de muy diferentes épocas históricas que han abordado esta reflexión.

Summary: The theology carried out by women in the last few years is gaining ground in the field theology. This article is a reflection about God from the feminine reality and from the perspective of woman and more in particular from three theologians of very different ages who studied this question.

Palabras clave: perspectiva de mujer, teología feminista, Dios, lenguaje sobre Dios, Synclética, Hadewich de Amberes, Dorothee Sölle.

Key words: perspective of woman, feminist theology, God, language about God, Synclética, Hadewich from Antwerp, Dorothee Sölle.

Fecha de recepción: septiembre de 2009

Fecha de aceptación y versión final: noviembre 2009

1. Introducción

Pensar y nombrar a Dios desde la realidad femenina y desde la experiencia y la lucha feminista¹ es una de las tareas más apasionantes que tenemos hoy entre manos las mujeres dedicadas a hacer teología, miembros de una comunidad de fe (Iglesia) que lleva más de veinte siglos pensando y nombrando a Dios bajo unos conceptos y con un lenguaje cuyas resonancias han terminado por acentuar las imágenes exclusivamente masculinas y kiripatriarcales (dominio del varón como señor, dueño, padre,...)², prescindiendo frecuentemente de aquellas que podrían hacer visible la *identidad* divina de la otra parte de la humanidad: las mujeres. En este sentido, ciertamente, la Trinidad cristiana ha servido para afirmar el carácter personal y encarnado de la Divinidad, pero

¹ Femenina y feminista no son términos equivalentes. El sufijo “ista” tiene, sin duda, toda una carga de lucha, de reivindicación, de grito (no pidiendo algo sino ofreciendo mucho), que interpela e incluso molesta. Por eso sigue siendo necesario usarlo todavía y no simplemente cambiarlo o evitarlo.

² Término acuñado por la E. SCHÜSSLER FIORENZA a lo largo de su extensa e influyente obra de teología bíblica feminista.

también para consolidar la figura del varón sobre la mujer y propiciar una relación desigual entre los sexos, dentro de la Iglesia y dentro de las sociedades y culturas que ésta ha *cristianizado*.

Enraizadas en el momento histórico que nos ha tocado vivir, a caballo entre los siglos XX-XXI, las mujeres creyentes y teólogas vuelven la mirada hacia aquellas que nos precedieron: las matriarcas bíblicas como Sara/Agar, Lía/Raquel, Rebeca, Débora, Noemí/Ruth,...; hacia las mecenas e intelectuales del s. IV, que sostuvieron y posibilitaron los grandes escritos y exégesis de los primeros siglos del cristianismo, como Marcela y Paula de Roma, vinculadas a la figura y a la obra de san Jerónimo; también hacia las monjas o beguinas, teólogas y eruditas en muchas otras ciencias humanas: Hildegarda de Bingen, Juliana de Norwich, Hadewych de Amberes, Teresa de Ávila, Juana Inés de la Cruz, etc., que vivieron, experimentaron y hablaron de Dios, a su modo, lo largo de los siglos XI-XVII. En el pasado reciente, siglos XIX-XX escritoras, historiadoras, bíblistas y teólogas de la talla de Elizabeth Cady Stanton, Rosemary Radford Ruether, Dorothee Sölle, nos preceden en la tarea de hacer visible la experiencia y al trabajo exegético-sistemático de las mujeres, secularmente olvidado o reducido al campo de la mística.

A partir de los esfuerzos realizados por las mujeres feministas del siglo XIX, se vio la urgencia y la necesidad que tenían las Iglesias, junto a las estructuras sociales y culturales, de contar con el don de la femineidad para seguir creciendo en humanidad y divinidad, y se abrió un camino sin retorno en el que la presencia, y la palabra dicha por mujeres, va superando los vacíos y las ambigüedades presentes en la teología tradicional respecto a nuestro sexo.

Este camino ha estado, con frecuencia, acompañado por actos de rebeldía transgresora, seguidos por una ruptura total con la Iglesia institucional, católica o reformada, como es el caso de la feminista norteamericana Mary Daly. Pero también se han dado pasos en los que prevalece la opción por pertenecer y permanecer en la Iglesia, aportando toda la riqueza de la experiencia de Dios, desde la experiencia concreta y sufrida de la vida de las mujeres, como es el caso de Dorothee Sölle y María Van Doren³. La teología *feminista* actual, ya universalizada, lleva el signo de una *kénosis* gozosa y esperanzada, y tiene nombres concretos, rostros con los que identificar ese esfuerzo sistemático y liberador. Pues ambas cosas están presentes en las obras de muchas buenas exégetas y teólogas de nuestro tiempo, y no sólo del mundo occidental norteamericano y europeo, como fue en un principio, sino asiático, latinoamericano y africano. Este reconocimiento del trabajo realizado por las mujeres en el campo de la teología y de la exégesis, nos sitúa ya ante un rico tapiz de experiencias que nos permiten ir reelaborando, poco a poco, el

³ La primera, de origen alemán, profesora en universidades norteamericanas y misionera en Centroamérica, fallecida hace pocos años; la segunda, de origen belga (de Flandes), incansable en su larga trayectoria como profesora en la Ciudad de México, pero también en los Centros de formación de las mujeres mexicanas de las ciudades y aldeas más perdidas de ese país. Ambas más prodigas en la teología de la palabra compartida de tú a tú que escrita, y ambas invencibles en su convicción de que a Dios, el *no-poderoso* en términos humanos, se le dice mejor cuando se habla con Él que cuando se habla de Él.

complejo entramado de *imágenes, ideas y conceptos* que han consolidado nuestra imagen de Dios y las relaciones humanas derivadas de esa “imagen”.

Con todo, *pensar y decir* a Dios en femenino sigue siendo, hoy por hoy, una labor casi artesanal, de artistas y de poetas de la palabra, tanto como de expertas/os en la ciencia teológica, como advierte Elizabeth A. Johnson⁴. Sin duda, se trata de una labor creativa que nace del empeño arduo y cotidiano, metido en la vida real de la gente, que poco a poco va tendiendo los puentes necesarios para unir las riveras de dos ríos que, teniendo un mismo origen, corren paralelos en la historia: el río de la sabiduría clásica que mana del pensamiento y de la palabra de los varones *padres y teólogos* de la tradición cristiana, y del río sumergido de la sabiduría de las mujeres, *madres y místicas*, olvidadas o excepcionalmente reconocidas, de esa misma tradición, ejecutoras de un pensamiento teológico vivo pero silenciado en la historia.

Puesto que toda la teología cristiana tiene como eje central la fe en un Dios que es y se dice como Comunidad (Trinidad), comenzaré presentando brevemente la problemática, primero, del lenguaje utilizado para nombrar este Misterio que nos abraza desde el corazón de la historia, proponiendo después algunas de las alternativas a ese lenguaje, en apariencia suficiente e inalterable, pero susceptible de ser enriquecido por los aportes de la experiencia, del sentir y del decir sobre Dios propio de las mujeres creyentes que, de generación en generación, han sentido la necesidad de expresar lo que experimentaban acerca de la Presencia divina y de lo que vivían en comunión con Ella. Modos de pensar y de decir el Misterio divino, todavía no sistematizados, que requieren, por tanto, nuestra atención y nuestro empeño cordial e intelectual.

2. Dios, un lenguaje siempre inadecuado: problemática y reto

El lenguaje sobre Dios, por muy convencional y relativo que sea, visibiliza la masculinidad y hace invisible la feminidad de nuestra especie. Esa es una realidad que no podemos dejar de subrayar y al mismo tiempo cuestionar, porque incide en nuestra identidad religiosa y en las relaciones creadas dentro de la institución eclesial. El principio *teónomo* ha sido, y es, el principio mediado por el término *Dios* que, en sí mismo, no es ni masculino ni femenino, pero ha sido secularmente identificado con la masculinidad. El principio mediado por el término *Diosa* suena a reminiscencias paganas y, por lo tanto, está lejos de permitir una identificación semejante. El término Dios, por lo tanto, no es sólo una determinación lingüística inofensiva, convencional, sino que ha propiciado toda una “fantasía visual” de la Divinidad, hasta convertirse un instrumento de sometimiento de una realidad humana: *lo femenino*, ante otra realidad igualmente humana: *lo masculino*. El sustrato masculino dominante ha dado una idea acerca de *Dios varón* y esta imagen ha quedado apresada en un lenguaje *teológico* reforzado y legitimado en la invocación pública y privada, tanto de hombres como de mujeres. Esta realidad nos resulta ya sobradamente conocida y ahora es el momento de reconstruir

⁴ Cf E. A. JOHNSON, *La que es. Misterio de Dios en el misterio teológico feminista*, Herder, Barcelona 2002, 26s. (Título original: *She Who is*, New Cork, 1994).

la casa teológica común, en la que varones y mujeres nos sentimos co-responsables de una tarea universal: sacar a *Dios* de las estructuras asfixiantes de un lenguaje único e idólatrico. En algunos artículos, las teólogas aplican ya el no-término *Di's*, que si bien no arregla el tema, al menos permite caer en la cuenta de que algo se está moviendo, motivando, de alguna manera, a implicarse en la búsqueda de alternativas, si no del cambio del término, vaciándolo, al menos, del lastre androcéntrico que arrastra.

La imagen de Dios transmitida por un lenguaje predominantemente masculino, a menos que admita una auténtica revisión, puede llegar a ser idólatra e incluso blasfemo porque, imaginar y nombrar a Dios de manera exclusiva como *Él* o *Padre*, estigmatizando la posibilidad de nombrarle como *Ella* o *Madre*, limita toda posibilidad de conocimiento de la Realidad divina, a nuestra posibilidad de razonamiento y experiencia acerca de Ella, desde una perspectiva sesgada por el lenguaje y la cultura de épocas pasadas, que si bien constituyen el legado testimonial de la Iglesia, deben interpretarse y acercarse a la experiencia de fe de cada generación de hombres y mujeres creyentes.

Una aportación fundamental de la teoría feminista, ha sido la de demostrar que la *diferencia* de las mujeres está ausente de la realidad⁵, también de la realidad teológica, tal como la ha nombrado y la nombra el pensamiento hegemónico de los varones. La práctica actual trata de transformar este hecho y convertir el campo de la teología sistemática en un espacio en el que el decir diferenciado permita a las mujeres nombrar la Divinidad desde su propia identidad, permitiéndolas salir del ocultamiento y de la invisibilidad, intentando *imaginar* y *nombrar* la Trascendencia desde la propia imagen y corporeidad, y no sólo desde la imagen y corporeidad del otro, sin tener que hacer constantemente abstracción de sí mismas en relación a Dios y a lo divino.

2.1. *La problemática del lenguaje o el vacío imaginativo de la teología tradicional*

El Depósito de la fe y lenguaje teológico dogmático, no obstante el fondo inalterable de verdad que pretende transmitir, es una creación cultural que cambia en su manera de expresarse, debe cambiar, conforme cambian las generaciones y las culturas en cuyo seno nace y se desarrolla ese lenguaje⁶. Es decir, los contenidos teológicos emanados de la reflexión de la fe, son un cuerpo conceptual vivo y, por lo mismo, deben permanecer irrenunciablemente enraizados en la experiencia de la comunidad creyente (Iglesia) que ha gestado la Tradición cristiana, pero también abiertos a las nuevas vivencias y las nuevas interpretaciones que enriquecen hoy esa experiencia, estando en constante dialogado con la realidad en la que el Proyecto del reino de Dios crece y se desarrolla históricamente⁷.

⁵ Una obra que considero interesante para consolidar nuestro pensamiento y conocimiento interdisciplinar es la de M. M. RIVERA GARRETAS, *Nombrar el mundo en femenino*, Icaria, Barcelona 1998². Indispensable para este tema resulta la obra citada de E. JOHNSON, *o.c.*

⁶ K. RAHNER "Reflexiones en torno a la evolución del dogma", en: *Escritos Teológicos IV*, Madrid 1964, 13-52.

⁷ Cf. T. de AQUINO, *ST I*, q. 29 a. 3.

Indudablemente, la idea y el lenguaje sobre el Dios cristiano es el centro de la vida, de la confesión de la fe y de la identidad cristiana, pero el lenguaje sobre el *Dios Trinidad*, constituye un problema de entendimiento dentro de la Iglesia, desde el momento en el que ésta decidió consolidar, sin rebajas, la Gran paradoja revelada en Cristo: la Divinidad es *Unidad* de la Pluralidad y *Pluralidad* de la Unidad. Tratar de dilucidar qué había detrás de esta afirmación de fe, fue y sigue siendo la gran tarea de la teología en la Iglesia, sobre todo a partir del siglo IV de la era cristiana⁸. El contraste de la experiencia de Dios desde el Mensaje de Jesús es que esta experiencia es interpretada en términos relacionales: en la *Divinidad en-Relación* conocida y manifestada por Jesús, no existe superioridad ni sometimiento, sino reciprocidad y comunión de distintas Personas unidas en esencia y en un mismo proyecto salvífico. En este sentido, enlazamos con el gran axioma de la tradición⁹ y la teología contemporánea¹⁰: la *Trinidad inmanente* es la *Trinidad económica*, reconociendo el innegable sentido kenótico (humillación, abajamiento) de la Divinidad que supone la Encarnación. La Divinidad expresada en la persona y en el actuar de Jesús de Nazaret es *Una*, tal como afirma el concepto filosófico griego y también la experiencia fundante de Israel, pero a la vez es *Plural*, se dice solo a través de la relación de personalidades, distintas entre sí, que se otorgan mutuamente la existencia en una absoluta auto-donación y plenitud de existencia eterna: *perijoresis* divina¹¹, “El Padre está en mí y yo en el Padre” (Jn 10,38; 14,11).

Y son precisamente estas dos dimensiones irrenunciables de la comprensión de la fe cristiana: *unidad* en la pluralidad y *pluralidad* en la unidad, ante las que se pone en evidencia la riqueza, pero también las carencias de un lenguaje y de un cuerpo doctrinal construido predominante por hombres, en base a criterios filosófico-culturales sesgados por las construcciones de género. El lenguaje de la teología sistemática tradicional se enredó en la abstracción de la paradoja sin permitir que se viera el realismo del símbolo. Cada vez se especuló más acerca del *poder* que las Personas divinas representaban y menos sobre la única *relación salvífica* que se revela en Cristo. El Dios cristiano “Padre, Hijo y Espíritu Santo” funcionó perfectamente como imagen de la jerarquía política y eclesiástica, pero no como la imagen de la Comunidad creyente.

⁸ Sugiero la lectura de un breve e interesante estudio: Eric Peterson, *El monoteísmo como problema político*, Trotta, Madrid 1999. (Prologado por GABINO URÍBARRI).

⁹ Las citas patristicas de la primera época (s. II-III) podrían multiplicarse, pero baste señalar uno de los teólogos de mayor influencia, IRENEO de Lyon, en cuya teología se parte de la realidad de la Encarnación para mostrar la unidad de todo el Plan salvífico, gestado en la intimidad de Dios y revelado en la historia por el Verbo encarnado. Cf. *Adv. Haer.* III 18,1 (SCh 211, 342), también IV 6,1 (SCh 100,436), entre otros. Para una mayor información sobre el tema ver: L. F. LADARIA, *La Trinidad, misterio de comunión*, Secret. Trinitario, Salamanca 2002, 11-64.

¹⁰ K. RAHNER es, indudablemente, el teólogo por excelencia del “gran axioma” sobre la Trinidad. Cf., especialmente: “Advertencias sobre el tratado dogmático ‘de Trinitate’”, en *Escritos de Teología* IV, Madrid 1964, 105-136 y posteriormente, “El Dios trino como fundamento trascendente de la historia de la salvación” en, *Myterium Salutis* (MySal) II/1, Madrid 1969, 359-370.

¹¹ El término griego *perijoresis* significa la mutua implicación de las Personas divinas y puede traducirse en sentido activo como *comunión-competración* en la que los mismos creyentes participamos y de la que debemos sentirnos “testigos”: “que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti” (Jn 17,21). Parece que fue el autor del escrito del siglo VI conocido como Pseudo-Dionisio, el primero en utilizarlo, aunque el teólogo que lo convirtió en un término propio de la reflexión sobre la Trinidad fue Juan Damasceno, en el siglo VIII.

Ciertamente, la sustancia o esencia de la Divinidad es imposible de “imaginar”, porque no entra en ninguno de nuestros conceptos ni experiencias, como advertía Tomás de Aquino: “Como nuestra mente no es proporcionada a la sustancia divina, la sustancia de Dios permanece más allá de nuestro intelecto, por lo que resulta desconocida...”¹². Pero, si la esencia divina nos es inaccesible, la experiencia de Dios es posible, desde el momento en que Dios mismo hace experiencia de nosotros, de nuestra realidad, siendo Dios *encarnado*, como ser humano, no sólo como varón concreto.

El problema se plantea cuando descubrimos que no sabemos nada, o sabemos muy poco, respecto a lo que las mujeres pensaron y dijeron de este misterio del Dios trinitario revelado en el misterio de la Encarnación, porque la diferencia de sexos se convirtió en una falta de conocimiento sistemático de aquello que experimentaron de Dios las mujeres creyentes. Entre la teología elaborada por varones y la elaborada por mujeres hay en un vacío casi abismal, en todos los sentidos.

La teología de las mujeres respecto al gran paradigma y a la gran paradoja cristiana no arranca del mismo punto histórico que la de los varones, entre los siglos III-IV; como mucho podremos decir que nuestras antepasadas se expresaron cuidadosamente por la vía de la experiencia mística, con pocas palabras y sin poder substraerse tampoco ellas a los cánones del lenguaje y de la cultura a la que pertenecían, entre los siglos XII-XVII y, con mucha mayor libertad, pero sufriendo también dolorosas rupturas, aquellas que iniciaron el *movimiento feminista teológico* en los Estados Unidos de América y la Europa anglosajona entre los siglos XVIII-XX, hundiendo sus raíces, precisamente, en el estudio de la Escritura.

Resumiendo: hemos de reconocer que en la construcción, tanto de la imagen de Dios como de la institución eclesial, las mujeres hemos sido históricamente receptoras de la teología pero no *hacedoras* de teología; hemos sido expertas en experiencias teológicas gestadas desde la vida, pero nunca responsables de una sistematización razonada de esas experiencias. El Dios cristiano no se ha dicho con voz de mujer y menos aún se ha imaginado con figura de mujer. En este sentido, somos conscientes de que no se puede seguir haciendo teología cristiana, centrada en el gran dogma de la fe en el Dios Trinidad, sin tener en cuenta la experiencia que las mujeres tenemos de la Divinidad *encarnada* en Jesucristo.

No se trata de desplazar la experiencia ni el conocimiento profundamente razonado de los hombres, ni mucho menos de negar la gran herencia recibida, sustituyéndola por una sistematización de la teología elaborada por las mujeres creyentes, aún en ciernes, sino de integrar ambas en un solo y armonioso cuerpo que va creciendo y perfeccionándose, a medida que va acogiendo la pluralidad de imágenes y de metáforas que intentan balbucear algo acerca de una Presencia que siempre nos sorprende y nos trasciende, haciéndonos en Ella una sola y plural comunidad de fe.

¹² Cf. T. DE AQUINO, *De Potentia*, q. 7, a. 5.

2.2. *El reto del camino teológico que estamos haciendo*

La cuestión fundamental que se plantea la teología sistemática feminista, más que decir a Dios es ¿cómo atreverse a decir a Dios *inadecuadamente*, frente al lenguaje docto, con frecuencia prepotente y fundamentalmente apologético, utilizado por los manuales de la sistemática tradicional? En este sentido de búsqueda, la teología sistemática feminista es hoy día la expresión más clara de la lucha contra lo que podríamos llamar la *indolencia teológica* que supone el dominio teológico del varón, y de una teología centrada en la imagen de un Dios *Padre todopoderoso*. Las mujeres que hacemos teología desde lo cotidiano de la vida y desde los compromisos enraizados en la lucha por la dignidad de la gente concreta, de hombres y de mujeres con nombre y apellidos propios, sabemos que Dios no tiene otro poder que el del amor, y este poder es enormemente débil, vulnerable..., en este mundo (Jn 18, 36).

Necesitamos de las metáforas y de las imágenes para hablar de Dios y más aún del Dios Trinidad, pero necesitamos, sobre todo, descubrir la dimensión *relacional* del Misterio que pretendemos decir¹³. Pero, una vez que una imagen, cualquiera que ésta sea, no representa la búsqueda incesante del espíritu humano, cuando se ha llegado a hacer de ella la representación de la Divina Presencia y, además, se la ha identificado con figuras concretas de nuestra propia realidad, sacralizándolas, esa imagen carece de sentido y ya nada podrá mantenerla como significativa para insinuarnos la Trascendencia. Esa imagen será un *ídolo sin vida, hechura de nuestras manos*, que habrá que romper y trascender con todas nuestras fuerzas.

De hecho, hablar de la Trinidad divina, según la experiencia aportada por las mujeres, significa romper constantemente la idea-imagen de un Dios antropomorfo y más aún andromorfo; significa tener el coraje de superar el poder de lo imaginado para abrirnos a lo totalmente inimaginable y, paradójicamente, real y apasionadamente encarnado en un ser humano concreto. Por eso mismo, pensar y decir a Dios en femenino es un *reto teológico* e implica responder a experiencias concretas de la *Presencia*, que trasciende y, por lo mismo, ilumina desde dentro la razón-inteligencia humana. Razón-inteligencia que *siente* la Realidad divina y se ve constantemente interpelada por Ella desde su propia corporeidad, porque “Nuestra alma está unida a aquel que es bondad infinita... nuestra alma está tan plenamente unida a Dios por la propia bondad divina, que nada puede interponerse entre Dios y nuestra alma”¹⁴, tal como lo expresaba Juliana de Norwich, en un momento en el que la teología escolástica afirmaba sus cimientos en Europa y abarcaba todo el campo de la reflexión teológica. Para esta teóloga medieval, conocer y hablar de Dios es, antes que nada, *estar* en la Divinidad y *gustar* de su bondad. Y esta experiencia trasciende incluso la realidad de la encarnación de la Sabiduría divina en el hombre Jesús de Nazaret, porque corresponde a esa realidad que es participación

¹³ Aunque podemos dar por superadas muchas de sus ideas, en su momento constituyó un aporte significativo en esta tarea la obra de S. MAGFAGUE, *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*, Sal Terrae, Santander 1994, (título original: *Models of God*, Philadelphia 1987).

¹⁴ JULIANA DE NORWICH, Trotta, Madrid 2002. Obra editada, traducida y comentada magistralmente por MARÍA TABUYO ORTEGA. Cf. 26.

del Aliento mismo de Dios y que nos identifica como seres divinos, más allá de nuestra condición corpórea sexuada o de la diferencia de género.

Por otra parte, la *teología feminista*, como oferta de vida divina experimentada (teología sistemática, teología bíblica, moral, antropología teológica, teología fundamental, etc.) se va universalizando en sus conocimientos más profundos y se va pluralizando en sus maneras de expresión cultural. Se intenta, y creo que con bastante éxito, evitar el lenguaje abstracto utilizado por la reflexión teológica tradicional, afirmando el camino de la experiencia, de las relaciones humanas, de la corporeidad y de la preciosa materialidad de la creación, como lugares imprescindibles de encuentro con la Sabiduría divina. Dado el carácter *analógico* del discurso sobre Dios, y la profunda convicción de que no hay nada que pueda decir adecuadamente el misterio Santo que nos abraza, la reflexión sistemática feminista se empeña en la elaboración de unas categorías epistemológicas atentas al carácter inaprehensible de la Divinidad, liberando los símbolos y las imágenes femeninas e, incluso, ecológicas¹⁵, que expresan, siempre inadecuadamente, pero no más que las masculinas, lo que las mujeres podemos pensar y decir de Dios.

3. Dios, Trinidad divina, con palabras de mujer

No tenemos, en la teología feminista, figuras semejantes a un Atanasio de Alejandría, ni a un Agustín de Hipona, o un Tomás de Aquino..., a las que vincular nuestro pensamiento. Pero estamos gestando un “cuerpo teológico” que contiene la experiencia de Dios de las mujeres creyentes del pasado, en la medida que buscamos dar voz a aquellas que vivieron la teología a través de la historia y de mujeres que hoy se hacen escuchar, aun con sordina, dentro de las aulas académicas o de múltiples y plurales foros teológicos y de formación en la fe. Si alguien pregunta por nuestra autoridad, diremos que la fuente de la misma es la *Sabiduría divina* expresada a través de su Palabra encarnada en el vientre de María de Nazaret. Y también, la memoria de millones de mujeres que a través de los siglos han luchado por mostrar que también nosotras somos un lugar donde Dios se dice “auténticamente”¹⁶.

Una de las líneas abordadas por las teólogas para obviar la dificultad que plantea un lenguaje demasiado pegado a la masculinidad, en detrimento de la feminidad, ha sido el intento de hablar de Dios en términos no personales y tan presentes en la Escritura como éstos. Por ejemplo: Dios es *Luz* incandescente que lo invade todo (*Hildegarda de Bingen*), *Koinonía* que lo unifica todo con la Bondad divina (*Juliana de Norwich*) *Tienda* que provoca el encuentro (*Dorothee Sölle*), *Matriz* que sustenta la vida (*Rosemary Ruether*), *Sabiduría* que lleva la existencia y la recrea constantemente (*Elizabeth Schüssler-Fiorenza*) o *Sabiduría Santa* que da a luz y orienta el universo (*Elizabeth A. Johnson*), *Amistad* que embellece y consolida la existencia toda (*Sallie MacFague*),

¹⁵ Ver como ejemplo la obra de: I. GEBARA, *Intuiciones Ecofeministas*, Trotta, Madrid 2000.

¹⁶ El sentido del término latino del término *munus*, que contiene la acepción de “autorizado” “auténtico”, asumido por el magisterio de la Iglesia y señala el poder para enseñar, como servicio o ministerio, reservado a los pastores ordenados dentro de ella.

El abrazo que nos hace *Hogar común*, por mencionar mi propia definición... Pero aún estamos haciendo el esfuerzo de ir más allá y enlazar nuestra mirada y nuestra voz con las mujeres que pensaron y dijeron su experiencia de Dios en los primeros siglos del cristianismo. De momento, se trata de mostrar la viabilidad de esta aproximación a las raíces poco reconocidas, todavía, a la teología y a la historia hecha por mujeres a lo largo de los siglos¹⁷.

Tomamos como modelos de este esfuerzo teológico a una de las llamadas *Ammas* o *Madres del desierto*, Synclética (s. III), a una mujer medieval, Hadewich de Amberes (siglo XIII), y una teóloga de nuestro tiempo: Dorothee Sölle (s. XX), misionera y testigo de la teología encarnada entre los pobres; aunque, gracias a Dios, hay muchas otras mujeres paradigmáticas que nos precedieron y que van siendo cada vez más conocidas.

3.1. Decir a Dios en medio del Desierto

Las vírgenes y viudas de los primeros siglos del cristianismo, y junto con ellas las llamadas *madres del desierto* de los siglos III y IV en adelante, como muchos colectivos representantes de *lo femenino* de la humanidad y de la Iglesia, parecen un simple adorno en el amplio fresco de la historia del cristianismo. Imágenes difuminadas en la inmensidad del desierto: ya sea el desierto físico, el desierto socio-cultural y, especialmente, el desierto religioso... Pero, precisamente el desierto es el *lugar* en el que las mujeres cristianas de los primeros siglos, en contraste con las mujeres discípulas y apóstoles de las primeras comunidades cristianas, mencionadas en las cartas paulinas y en los Hechos de los Apóstoles, viven y transmiten su experiencia de Dios. El desierto es el lugar de la “prueba”, pero, sobre todo, del “encuentro”. Allí el pueblo nómada del Antiguo Testamento toma conciencia de su búsqueda de Dios y de ser una comunidad-testigo. Pero el desierto no es un lugar donde se vive, es el lugar por el que se pasa, es el camino hacia otro lugar que se tiene como meta, como promesa¹⁸. En el desierto se permanece el tiempo necesario para recibir la Presencia y para que la vida entera quede deslumbrada y liberada por ella. Es el lugar sin contornos ni fronteras en el que se vuelve a escuchar la invitación del profeta: “La atraeré y la llevaré al desierto y allí le hablaré al corazón” (Os 2, 6).

La memoria espiritual-teológica de las *ammass* o *madres del desierto*, se mantuvo como la arena ardiente expandida en el tiempo, formando parte del dinamismo que encierra la vida en sus entrañas, por más que sobre la superficie aparezca la más abrasadora desolación. Tomemos como paradigma o modelo de esa teología oculta y ardiente de los comienzos a una mujer llamada Synclética, nombre que significa *Asamblea ce-*

¹⁷ Estudiantes de la categoría de Ángela Muñoz o María Tabuyo Ortega, por mencionar a algunas que nos son cercanas y accesibles, están propiciando todo un reencuentro con nuestras antepasadas de las distintas épocas de la historia.

¹⁸ Cf. *Libros del Éxodo y Deuteronomio*, especialmente.

*lestia*¹⁹. No fue la única, pero sí de las más conocidas por sus apotegmas (proverbios o dichos). Las llamadas *Madres del desierto* vivieron una experiencia de dignidad y libertad únicas, en medio de un mundo y una sociedad que, o se aprovechaba de las mujeres como objetos de placer y de demostración del poder, o las tachaba de desvergonzadas y perversas. Los primeros siglos de la Iglesia (III-V) conoce este fenómeno de liberación femenina y lo vive de modo paradójico: entre la admiración y el recelo.

Synclética vivió seguramente durante la segunda mitad del siglo III y primera parte del s. IV; se cree que su origen era macedonio aunque su patria adoptiva fue la ciudad de Alejandría, a donde emigró con toda su familia. Los escritos conocidos como *Enseñanzas de Synclética* son, en realidad, de origen *anónimo*, aunque se tiene la casi seguridad de que enlazan con su vida y su doctrina. Aparte de los detalles, más o menos apócrifos de su vida, nos interesa su manera de comprender e interpretar en el mensaje de la Escritura, y su manera de expresar la relación y el conocimiento que ella tiene de la Presencia divina.

El mensaje de Synclética, su *teología*, se centra en el *mandamiento* primordial que Jesús da a sus seguidores y seguidoras, recogido del corazón de la ley de Israel: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y a tu prójimo como a ti mismo” (cf *Dt* 6,5; *Lev* 9,18; *Lc* 10,27). Con este mensaje se dirige a aquellas que llama “mis queridas hijas” y, al igual que hicieron otras *ammás*, anteriores y posteriores a ella, tendrá muy claro que el pilar sobre el que se construye toda vida cristiana es Dios amado con todo el ser. Dios, en las palabras de esta mujer, es el *Santo* que consagra gratuitamente, con la fuerza de su Espíritu, enviado por Cristo desde el Padre.

Sin duda Synclética, como muchas otras, tuvo que hacer frente a quienes, desde la misma comunidad cristiana, pensaban que las mujeres estaban, por *decisión divina* excluidas de una verdadera sabiduría de Dios no mediada por varón, de modo que a aquellas mujeres que siguen sus pasos las pone sobre aviso sobre el ejercicio del poder humano ejercido sobre ellas: “Si el enojo del que manda se abate sobre ti, no abandones tu puesto...” pues, “cuanto más fuerte es un atleta, más fuertes son sus adversarios”. Como maestra espiritual los *dichos* o *apotegmas* de Synclética se convierten en una fuente de agua viva de la que muchas mujeres de su época supieron beber. Que una mujer haga del evangelio el centro de su mensaje espiritual, cuando todavía las traducciones a la lengua moderna de la época (latín) estaban por hacerse, puede ser el mejor ejemplo de cómo ese evangelio se escuchaba y se transmitía de viva voz y se guardaba en la mente y en el corazón. Como mujer capaz de hablar de Dios incluso a los hombres de su entorno, esta *madre del desierto* pone las bases de una teología en la que su palabra de mujer no es sino un humilde eco de la *Palabra de Dios*.

Con los ojos puestos en las actitudes de Cristo, Synclética advierte que la humildad propia de las discípulas del Maestro, no es esencialmente una “virtud” sino algo más concreto, profundo y gratuito, es una “actitud” ante la vida: “Diría yo que más que

¹⁹ Una buena reseña de su figura y de su legado se puede encontrar en: M. S. CARRASQUER PEDRÓS – A. DE LA RED VEGA, *Madres del desierto (Antropología-Prehistoria-Historia)*, Matrología, T.I, 165-209. Monasterio de las Huelgas, Burgos 1999.

virtud es actitud del alma”, afirma. Dios es para ella, el *fuego incandescente* que enciende la vida de cada creyente y, como una *hoguera*, se extiende al mundo entero²⁰. La metáfora del fuego incandescente, de la hoguera que no se consume y que todo lo enciende forma parte entrañable de la experiencia de Dios y, especialmente, de la mística cristiana.

En el camino de la mujer asceta, Dios es: *El que lleva de la mano*, como una amiga a otra amiga, el *Esposo Amante o nuestra Madre...* Imágenes todas que hablan de cercanía enamorada, mutuamente prendida y comprometida: el alma es de Dios y Dios del alma... La *Maternidad divina* la ve y la expresa Synclética como una realidad que llena toda la realidad creada, henchida de vida Divina, porque en su intimidad Dios es eso: Maternidad: donación de vida del Padre al Hijo, del Hijo a las criaturas por el Espíritu, que no es sino la misma Vida donada entre ambos. Los *apotelesmas* que conforman el tejido teológico de una, entre muchas, de las madres de la Iglesia, están entre ese *pensar y nombrar* a Dios que nunca ha contado a la hora de elaborar la teología sistemática tradicional, y que, sin embargo, forman, junto con los llamados “Padres de la Iglesia”, los cimientos sobre los que se consolida nuestra fe. Por difícil que resulte, es necesario hacer el esfuerzo de recuperar estas palabras teológicas y adherirlas al sólido cuerpo teológico de la Iglesia.

3.2. Conocer la Divinidad desde la visión: la “escolástica” de Hadewich de Amberes

La experiencia de Dios mediada por la experiencia de sí, es central en el conocimiento del Dios de Jesucristo, tanto como lo es la experiencia relacional. En principio, pensar y decir a Dios, *teologizar*, es una actitud que responde a un cierto estado de la persona, sea ésta hombre o mujer. Si consideramos que hablamos de Dios desde nuestra condición de personas, es obvio que nuestra historia colectiva de hombres o de mujeres es diferente. Pero sería tan inadecuado afirmar que las mujeres tienen una manera distinta de hablar de Dios respecto a la de los hombres, como asegurar lo contrario. La historia es la que cuenta, en definitiva, lo que pensamos y decimos de Dios. El centro de la reconstrucción feminista de la teología comienza cuando las mujeres comienzan a reclamar su parte de presencia en la historia. La historia es experiencia y la teología forma parte de esta experiencia, de la pericia y sufrimiento que supone el encuentro con Dios en lo cotidiano de la vida. Las mujeres tienen la viva conciencia de que la teología es más el asombro y enmudecimiento de los sentidos ante el *encuentro de amor*, en *el Amor* que la pretensión de “saber” algo acerca de Dios mismo, y mucho menos, de encerrar ese conocimiento en conceptos. La teología hecha desde la experiencia de las mujeres es esencialmente contemplación de la acción de Dios en su propia historia y en la historia, es una manera de ser y de vivir, de vivirse en la realidad. Esta aproximación es la que podríamos llamar la *escolástica oculta femenina*²¹.

²⁰ Figura ésta del fuego u hoguera que pertenece a la más profunda experiencia de Dios narrada en las Escrituras: (Ex. 3 y 19; Hch 2).

²¹ T. LEÓN MARTÍN, *Misterio*, en mi colaboración a la obra: M. NAVARRO – P. DE MIGUEL (eds.), *10 Palabras clave en teología feminista*, Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra) 2004, 369-378. En estas páginas hice un breve recorrido por la visión trinitaria que tiene Hildegarda de Bingen y que presenta en su obra, *Scivias* (“Conoce los caminos”).

Hadewich es considerada como una *beguina*²² que vivió durante la primera mitad del siglo XIII, aunque no tienen noticias fehacientes acerca de su fecha de nacimiento ni de su muerte. No interesó en su momento, no era *importante*, como tampoco lo fueron muchas otras excelentes mujeres de su tiempo. De ella apenas nos han llegado unos cuantos escritos, que los estudiosos, sobre todo las estudiosas, catalogan como *Visiones, Poemas y Cartas*, datados entre los años 1220-1240. Escritos que, como ella misma afirma, sólo llegan a aquellos que “comprenden con el alma las palabras en que ella les habla con el alma”²³. Sus escritos son fuente de vida espiritual para algunos místicos posteriores a ella, por ejemplo, los místicos flamencos y renanos: especialmente Jan de Ruusbroeck, pero también el maestro Eckhart, Tauler y Enrique de Suso. A Hadewich la distinguen algunas notas especiales en su hablar de Dios:

1^a) el uso de su lengua vernácula, el neerlandés antiguo, para transmitir su experiencia de Dios. Dejando de lado el uso del latín, sobre todo del latín utilizado por el clero, la teología escolástica y la jerarquía de la Iglesia, en muchos casos incomprensible para el pueblo llano.

2^a) en su pensamiento místico-teológico aparece como centro y raíz el misterio de la Trinidad. Sus palabras no tienen la menor intención de enseñar nada de orden sistemático, ni abstracto; son una invitación a dejarse invadir por el Misterio y a quedar inmersas en una contemplación llena de pasión y fuego divino.

Hadewich presenta una imagen dinámica de Dios y lo expresa así en las páginas tituladas, *El libro del obrar divino*:

“Yo soy la energía suprema, la energía ígnea. Yo he encendido cada chispa de la vida... Por mí se enciende toda vida. Sin origen ni término, yo soy esa vida que persiste idéntica y eterna. Esa vida es Dios. Ella es movimiento perpetuo, y su unidad se manifiesta en una triple energía: la eternidad es el Padre, el Verbo es el Hijo, el soplo que los une es el Espíritu Santo”²⁴.

²² El término “beguina” o su equivalente masculino “begardo” hace alusión a una corriente mística de tipo laico que inundó, sobre todo, el territorio hoy conocido como Holanda, Bélgica y Alemania. Las beguinas llegaron a ser más de 60.000 y podían o no vivir en los beguinatos, dedicándose a realizar obras de caridad. Eran mujeres hábiles e incluso, algunas, bastante instruidas, capaces de ganarse la vida en medio de la sociedad de su tiempo; demasiado *libres* para no levantar las sospechas de la Jerarquía eclesiástica hasta el punto de ser sistemáticamente perseguidas y exterminadas. Hoy aún queda algún que otro monasterio perdido en territorio alemán y en Bélgica se está dando todo un movimiento de recuperación de los beguinatos más representativos, como el de Lovaina.

²³ Tomo como referencia de esta reflexión la introducción y las notas de la obra *Dios, Amor y Amante* – HADEWICH DE AMBERES: *Las Cartas*–, Edic. Paulinas, Madrid 1986. Obra traducida del medio-neerlandés y presentada por P. M^a. BERNARDO. María TABUYO ORTEGA es hoy una de las más activas traductoras y editoras de las obras de nuestras antecesoras místicas y teólogas, concretamente podemos acercarnos a la preciosa obra: *El lenguaje del deseo. Hadewich de Amberes*, Trotta, Madrid 1999.

²⁴ Cf. HADEWICH DE AMBERES, *Las Cartas*..., nota 25, p. 17.

Para esta mujer experimentada en Dios y maestra de espiritualidad cristiana, Dios es “comunicador” de todo aquello que desea que su criatura viva respecto a Él, por una elección gratuita y admirable que, lejos de saciar y acomodar al alma en el don recibido la pone en situación de continua tensión, conversión y búsqueda del Amor que es Dios mismo y con el que desea ardientemente *unificarse*... Hadewich define a Dios Trinidad como *Claridad*: “la claridad más alta que se puede tener en esta tierra” y en ella vivimos cuando nuestras obras son un reflejo justo de esa luz divina: “Cuando uno actúa en todas las circunstancias según la verdad, dando paso a la luz del noble Amor, o sea de Dios. ¡Ah, que claridad más grande cuando dejamos que Dios esté con su propia claridad!...” Actuar “según la verdad” conlleva la manifestación de Dios, que ilumina la existencia toda y la llena del “noble Amor” que es Dios mismo. Tenemos que dar paso en nuestra existencia a Dios, a la claridad con la que él ilumina nuestra realidad para, desde Dios, poder comprender lo que somos realmente: “abre los ojos de tu corazón a la claridad y mírate en la santidad de Dios”. Así pues, la llamada es a vivir en la *verdad* llena de *claridad* y de *amor*, es decir, en la Trinidad divina. Viviéndonos así, Dios mismo se vive en nosotros, no de manera ajena o como prestada, sino “en su propia claridad”.

La Carta XXII²⁵ es considerada casi un pequeño tratado en el que Hadewich ofrece este tipo de afirmaciones: “El que quiera comprender a Dios y saber lo que es en su nombre y en su esencia, es necesario que sea totalmente de Dios y que lo sea como quien se ha perdido a sí mismo”. En la *esencia* se encuentra la alusión a la intimidad divina, mientras que el *nombre* revela su manifestación en la historia. Para comprender la relación en Dios de esencia y presencia se ha de tener *la razón* iluminada por Dios mismo. Dios mismo se vive eternamente como admirable *Misterio de amor* y *Manantial destellante* de luz que es el Espíritu Santo, desbordando la historia, atravesando el tiempo, y llegando a ser de la misma naturaleza divina, por participación. “Dios –afirma– está fuera de todo y sin embargo, comprendido... no es la historia recipiente capaz de encerrar lo divino, no obstante, lo divino se ha hecho hombre dentro de la historia: el Padre nos ha dado el Hijo y ambos han derramado su *nombre*, lo que son, enviándonos al Espíritu Santo”.

La teología de esta maestra del espíritu abarca mucho más de lo que cabe en este espacio, por eso me quedo con esta afirmación en la que creo se condensa mucha de su enseñanza como mujer creyente y como *teóloga*, instruyendo a alguna de sus discípulas: “Digan otros lo que quieran, tú hablarás según el querer del amor...”. El hablar teológico de las mujeres debe distinguirse por la experiencia *amante* de Dios, frente a todo decir sobre la Divinidad que a ella le suena a especulación sin alma, o un hablar de Dios sin fundamento en Dios.

3.3. La teología feminista o el compromiso encarnado con los pobres: Dorothee Sölle

Dorothee fue una mujer teóloga, misionera comprometida con la causa de las mujeres y de los pobres. Falleció hace unos años, dejándonos una teología profundamente kenótica, prácticamente arrancada de esos basurales en los que encontraba a los

²⁵ HADEWICH DE AMBERES, *Las Cartas...*, o.c., p. 125.

pobres que la llevaban a sentir a Dios encarnado y pobre. Dorothee conoció a Dios en medio del sufrimiento humano²⁶, y desde ahí lo vivió y lo explicó teológicamente. Intentó traducir la teología aprendida en la Universidad e impartida en el *Union Theological Seminary* de Nueva York en palabras sencillas, recabadas de la experiencia cotidiana y desde la tragedia de los seres humanos crucificados de los pueblos de Centroamérica.

Su obra, tanto en libros como en artículos es pequeña pero inquietante. *Reflexiones sobre Dios*, ya citada en estas páginas, encierra todo un *tratado teológico* elaborado desde la perspectiva feminista. Intentaré mostrar algunas *claves* de esta manera de abordar el lenguaje sobre Dios y de aportar con ello un viento refrescante a la imagen que de la divinidad podemos o no hacernos desde la teología feminista de la marginalidad o de la liberación, contexto en el que esta teóloga encuadra su quehacer teológico. Pensar y hablar de Dios... Esta es la primera cuestión que Dorothee se plantea: “¡Hablar de Dios! ¡Quiero hacerlo, pero siempre fracaso!”²⁷. Una primera dolorosa e impotente constatación: el fracaso de un *hablar de Dios* que no llega a la vida de nadie, porque ¿quién es Dios para un joven padre de familia en el paro, o para un emigrante de tez negra y sin papeles, o para una mujer envilecida por la prostitución, o para un empresario inflado por el poder y el dinero, para un campesino sin tierra en cualquier país del llamado “tercer o quinto mundo”, ...

No podemos hablar de Dios como quien habla de una entidad cualquiera, abstracta y rigurosa y des-afectiva. Sencillamente y tal como lo expresa esta teóloga: “Solo podemos hablar de Dios cuando hablamos a Dios. Un lenguaje piadoso y excesivamente escolástico sobre Dios no ayuda a nadie a salir de sus angustias, a mantener viva la esperanza y la fe en el ser humano y en sí mismo. Dios no es tampoco el papá que arregla “todo, todo y todo...” como dice el anuncio publicitario. Desgraciadamente, como advierte D. Sölle, “algunos creyentes no han superado jamás esa manera pueril de imaginarse a Dios”. El Dios de Jesucristo es impotente, pequeño y débil, ... es sencillamente “irrelevante para la inmensa mayoría de la gente” que no acepta su parte de responsabilidad en la tarea de tejer conjuntamente el manto de Dios en la historia.

Por eso, para D. Sölle, la teología feminista tiene como misión irrenunciable: más que hacer imágenes, derribar imágenes de Dios: “Por un lado, las imágenes son dramatizaciones de la vida, expresivas representaciones de nuestros deseos y temores. Sin hacer de la vida una imagen, no podemos experimentar el sentido de imagen alguna. Necesitamos un lenguaje que diga más de lo que puede justificar empíricamente”²⁸. Un decir sobre Dios limitado a las imágenes de nuestra experiencia es, sencillamente, un ídolo. Tal vez por eso “la teología feminista es hoy día la expresión más clara de la lucha contra la ideología del patriarcado, por amor a la Deidad más grande”, hay que pedirle a Dios que nos libere constantemente de nuestras “imágenes” de Dios. Por ejemplo, afirma nuestra autora: “La imagen del *padre* hay que interpretarla a partir del reino de

²⁶ D. SÖLLE *Dios en la basura*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 1992.

²⁷ D. SÖLLE, *Reflexiones sobre Dios*, Herder, Barcelona 1996, 7 (Título original: *Es muß doch mehr als alles geben: Nachdenken über Gott*, Hamburgo 1992).

²⁸ D. SÖLLE, *Reflexiones...*, 21

Dios y no viceversa, en contra de toda religión autoritaria o sentimental, que utilice la autoridad del padre para degradar la justicia hasta el nivel de un sueño impotente...”²⁹. Vivir en esa *paternidad* divina sólo se logrará cuando entendamos que: “el poder de Dios es tan sólo un poder biófilo, cuando es un poder compartido”³⁰. Esto implica romper los ídolos, ser iconoclastas con todas las imágenes de Dios que se orientan a la “adoración del poder” en cualquiera de sus expresiones, sobre todo *religiosas*.

La palabra teológica de D. Sölle advierte sin temor que: “La esclerosis de una religión que había estado orientada desde sus orígenes a la liberación posee inmensos rasgos de patriarcalización”, y es justo que las mujeres luchen por romper esa imagen esclerotizada de la Divinidad. Los ídolos pueden y deben caer: “La masculinización de Dios, intensificada hasta el extremo en el cristianismo, tal como se expresa en el lenguaje puramente androcéntrico, va siempre acompañado por la divinización del varón”... Tiene razón nuestra autora cuando advierte que “Tal vez la *Shekiná*, la presencia de Dios que acompaña a su pueblo al destierro, sea hoy día la fisonomía de Dios que más cosas nos diga sobre Dios”... “El patriarcado, en su manera de hablar de Dios yerra en cuanto a la trascendencia de Dios”. Esta es la síntesis del estado de la cuestión de la teología feminista en pleno siglo XXI. Es la conciencia de que, realmente: “Un Dios que no trasciende a Dios no es Dios. Dios, preso en un determinado lenguaje, definido por determinadas definiciones, conocido por nombres establecidos por determinadas formas socioculturales de dominio, no es Dios, sino una ideología religiosa...” Y concluye que en teología, “lo que nos hace falta no son imágenes de Dios, sino una experiencia memorable de Dios”³¹. Hablar de Dios como nuestro *padre* o nuestra *madre*, pueden tener un carácter liberador, sólo cuando nos vinculan con la naturaleza y con la humanidad, entendida como familia de Dios. Dios metido en nuestra piel, en las entrañas de nuestra vida familiar y cotidiana.

De Dios habrá que aprender a hablar no sólo como del “Padre” que todo lo puede, sino también como de la “Madre” que todo lo sufre y todo lo sostiene, porque no tiene más poder que el de su inmensa compasión, “Dios no podría consolarnos si no estuviera unido a nuestro dolor”³². Muchas teólogas o simplemente pensadoras interpe-ladas por lo divino, al igual que Dorothee Sölle, sienten que las mujeres vivimos todavía en una Babilonia teológica: expulsadas, enviadas al exilio y sufriendo la esclavitud y la marginación. Ante esta situación, sabemos que no basta con una teología hermenéutica y conceptualmente bien estructurada, dentro de un método perfectamente definido. Hace falta ¡vida! Y la vida está por las calles, en las casas, en las relaciones que creamos, en las guerras que se evitan y en la dignidad que se reclama para todo ser humano y para la entera creación³³.

²⁹ D. SÖLLE, *Reflexiones...*, 27

³⁰ *Ibid.*, 29

³¹ *Ibid.*, 47

³² *Ibid.*, 87.

³³ Una obra sugerente en este sentido es la que presenta IVONE GEBARA en su obra ya mencionada, *Intuiciones ecofeministas...*, Y la más reciente: *El rostro oculto del mal. Una teología desde la experiencia de las mujeres*, Trotta, Madrid 2002. (Título original: *Rompendo o silêncio*, 2000).

4. Concluyendo

La teología trinitaria feminista, apenas en ciernes, entiende que en el corazón del Misterio divino no hay una *jerarquía*, sino una *koinonía* y que la unidad surge precisamente de esta fuente de intimidad divina. Dios Trinidad Relacional es una Comunidad de iguales en relación de reciprocidad absoluta. Dentro de este marco relacional se perfila la clave de la comprensión genuina de la Iglesia como comunión de iguales en la diferencia. La fe enraizada en el Dios de Jesús, la Sabiduría de Dios expresada en términos de humanidad, es una fe abierta a la inclusión de otros, que no sólo asume la diferencia sino que la necesita para poder vivir en plenitud de coherencia, para poder decirse en el mundo como comunidad de encuentro donante, reproduciendo aquello que se cree y se sabe acerca de Dios: amor/amistad/creatividad. El particular sentido de la *relación de amistad*, dentro del cual la teología clásica ya entendió la Trinidad, es capaz, todavía, de crear lazos poderosos y completamente gratuitos de mutua entrega para posibilitar la realización original de las personas amigas. En la amistad, ninguna persona amiga es *intercambiable* sino *única e irrepetible*.

Pensar y decir a Dios desde la experiencia de las mujeres, reafirmando nuestra fe en la Trinidad divina implica estar muy atentas y trabajar por hacer válido el principio hermenéutico absolutamente paradigmático de nuestra existencia toda: Dios es Trinidad. La Trinidad, como la Encarnación, son verdades fundamentales y esenciales del cristianismo, verdades que necesitan conocerse para ser creídas, pero sobre todo interpretadas teológicamente para ser llevadas a la vida. Lo que la teología sabe, piensa o intuye de la Divinidad, y todavía más de la *Trinidad* divina, es absolutamente inútil si no se articula con la vida del hombre y la mujer creyente; sino terminan por ser el paradigma de nuestras relaciones personales y la fuerza de nuestra lucha cotidiana por la transformación de las estructuras opresoras que envuelven estas relaciones.

Creemos que la *teología feminista* o el hablar sobre Dios desde la experiencia y la reflexión de las mujeres, será una novedad creativa dentro de la Iglesia y para la Iglesia, en tanto sepamos ser verdaderamente “cristianas” y “católicas” en nuestro *método* y en nuestras *formulaciones* del Depósito de la fe. Es decir: si, como afirma E. Schüssler Fiorenza, aprendemos a ejercer de interpretes entre la Tradición y el momento actual de la historia. Es relativamente fácil pensar y decir a Dios, construir imágenes de Dios, también en femenino, lo difícil es romperlas, una vez creadas, para trascender toda imagen y quedarnos con la experiencia memorable de una *Presencia* que nos es tan cercana y familiar como inaccesible. A mi entender, la cuestión que tiene planteada la teología sistemática feminista no es *cómo* decir a Dios, sino si Dios, cualquiera sea el nombre que le demos, tiene algún *sentido* para las mujeres y los hombres de hoy. Si lo tiene, sabremos *decirlo*, sabremos dar testimonio de nuestra fe y de nuestra esperanza (1P 3,15), también en femenino.